



En las tinieblas brilla como una luz”, se dice en el libro de los salmos del hombre justo, y Jesús lo es por derecho propio puesto que es el “*Santo de Dios*”. Su vida ha iluminado y sigue haciéndolo abriendo caminos de esperanza, como aconteció con el leproso del evangelio de hoy.

Eran pacientes repugnantes, puesto que la enfermedad les destrozaba todo el cuerpo hasta el punto de la putrefacción de la carne. Se les consideraba como personas muertas. En la Biblia era un signo de un pecado cometido, como sucedió con Miriam la hermana de Moisés (Nm 12,9-10).

Debido a que era grandemente contagiosa, exigía que los enfermos fueran excluidos de la convivencia, segregados a lugares solitarios, y perfectamente reconocibles por medio del grito que tenían que lanzar cuando alguien se les acercaba: “*¡Impuro! ¡Impuro!*” (Lev 13, 45-46).

Tocar a una persona en esta condición era excluirse social y religiosamente. Sólo se les podía acoger después de la desaparición de los síntomas de la enfermedad, y la consiguiente purificación que debería realizar un sacerdote en el marco de una celebración litúrgica en el templo de Jerusalén. Trágica era, pues, su condición.

Jesús, por medio de su proceder, abrió caminos nuevos para quienes desean tomar por guía el evangelio. De ver en ellos un peligro se pasó a tratar como herma-

nos a todos los que la sociedad excluye. Más aún, el Señor se convertirá en uno de ellos: “*despreciado, abandonado por todos, varón de dolores, familiarizado con el sufrimiento, como el leproso del que se aparta*” (Is 53,3-4).



¿Cómo tratar a los descartados?. Escuchamos en el evangelio de este sexto domingo, que Jesús se **compadeció** del leproso y, movido por este sentimiento, lo tocó. La palabra original griega **σπλαγχνισθεῖς** es mucho más expresiva que la traducción que encontramos en el leccionario. Es conmoverse en las entrañas, que es el lugar en el que se encuentran los sentimientos más vulnerables de la persona humana. Por eso nada le repele, le repugna, le asusta. Si Dios se acerca a carnes enfermas y corazones podridos, es para envolverlos en ese torrente de misericordia que brota de su corazón compasivo.

La compasión es fruto del saber mirar; para este quehacer nos quiere educar el Señor en la escuela de la sabiduría. Fijarse es la forma más inmediata de entrar en contacto con el otro. **Para conocer hay que saber percibir** (Platón, Alcibiades, 134 a.)

La forma como miramos es tan importante que incluso es capaz de influir, al menos en parte, en la persona contemplada. Si lo hacemos con malos ojos, transmitimos negatividad. Si nuestra mirada se llena de amor, de luz, alegría, paz, inevitablemente percibiremos, y nos

sentiremos abrumados, incluso sin saberlo, por la mirada de Dios. ¿Pero... como hacerlo?

Se ha de caer en la cuenta que el proceder de Jesús no se limita a un mero observar. Lo hace con fuerza, como expresión de su ternura, y como fruto de dejarse ver y amar se comienza a vivir, como aconteció con el leproso de hoy.

Los ojos expresan lo que tenemos en nuestro corazón. El corazón brilla y brilla a través de la vista: la hace sutil, aguda, penetrante y bella. Ilumina el horizonte y embellece lo que se está mirando. El verdadero diálogo surge del compartir una mirada con la implicación del corazón. Si nuestro interior está habitado por buenos sentimientos y nuestra mente se nutre de buenos pensamientos, se perciben con facilidad en los ojos.

“Si en el rostro y la mirada de Cristo no se hubiese percibido que tenía algo de celestial (quiddam sidereum), nunca le hubiesen seguido los apóstoles dejándolo todo al momento” (Jerónimo, Cartas 65,8).

Los hombres y las mujeres de oración son personas que saben mirar. Llevan en sus rostros destellos de luz: porque incluso en los días más oscuros el sol - Cristo- no deja de “acariciarlos”. La oración ilumina: ilumina el alma, el corazón, el rostro porque hace sentirse amado y el amor sana, cura, porque **sólo lo que se quiere** puede ser salvado. Así miró Jesús al leproso y, éste, alcanzó la salud.

“La oración hace posible que siempre se tenga abierta la puerta de su corazón” (Papa Francisco 16 de diciembre de 2020)





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 31, 1-2. 5. 11



1 Dichoso

el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado;

2 dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito

y en cuyo espíritu no hay engaño.

5 Había pecado, lo reconocí,

no te encubrí mi delito; propuse:

«Confesaré mi culpa»

y tú perdonaste mi culpa y mi pecado.

11 Alegraos, justos, y gozad con el Señor;

aclamadlo, los de corazón sincero.

Es un salmo, el responsorial de hoy, lleno de profunda espiritualidad, y de un alto contenido teológico, en lo que se refiere al perdón de los pecados.

Es el segundo de los siete salmos penitencial. Un pecador perdonado da gracias. Es la experiencia milenaria de los creyentes.

Pero la gran peculiaridad de este salmo 31 es su insistencia en la importancia de la confesión; es el tema de toda una estrofa: *«Confesaré al Señor mi culpa y tú perdonaste mi culpa y mi pecado»*.

El libro de Proverbios habla de la confesión como condición para recibir el perdón de Dios: *«El que oculta sus faltas no prosperará; el que las confiesa y cambia será compadecido..»* (Pr 28,13).

Como decimos que *"Dios es Amor"*, podemos decir que *"Dios es Perdón"*; porque el perdón no es otra

cosa que el acto mismo de amar al pecador.

La confesión es necesaria para no auto-engañarse; este es el significado del versículo 2: *«dichoso el hombre ... en cuyo espíritu no hay engaño»*.

La confesión, obviamente, no tiene el poder de quitar la culpa, pero abre nuestro corazón al perdón de Dios.

El término: *"confesar"* tiene un doble sentido:

1º **Reconocer** las propias faltas.

2º **Desbordar de gratitud** por el amor misericordioso y perdonador de Dios.

La gente dichosa, en los salmos, son los que reconocen que el camino del éxito en la vida no se encuentra en el encubrimiento del mal que se hace (v.5), sino el de la confesión humilde. Las personas felices son las que han sido perdonadas como aconteció con el leproso del evangelio de hoy.

San Agustín en su *Expositio psalmorum* 31-I, comentando el versículo 5 afirmará: *"Aún no había llegado mi confesión a la boca, y Dios ya oía la voz del corazón perdonando"*.

Casiodoro, en su *Expositio psalmorum* XXXI, 16 comentando el versículo 11, con el que concluye el salmo responsorial del día de hoy, afirmará:

"Alegrarse significa disfrutar en silencio de la dulzura que invade el alma".

Apunte para una reflexión:

1º ¿Tengo un corazón sencillo y sincero, donde no hay "engaños", para poder merecer la bienaventuranza divina?

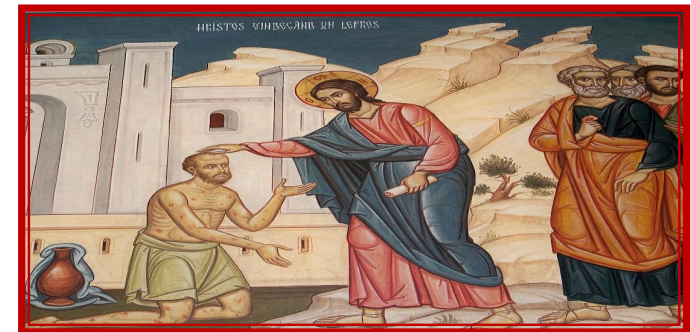


En la fuente de agua viva

**Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis**

**Domingo VI
tiempo "per annum" "B"**

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



El Señor dijo a Moisés y a Aarón: **«Cuando alguno tenga una inflamación, una erupción o una mancha en la piel, y se le produzca una llaga como de lepra, será llevado ante el sacerdote Aarón, o ante uno de sus hijos sacerdotes... El sacerdote lo declarará impuro de lepra en la cabeza...y vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento.**

Lv 13, 1-2. 44-46



En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme». Compadecido, extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero: queda limpio». La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio...acudían a él de todas partes.

Marcos 1, 40-45